

**HOY MARTES 24 DE  
SEPTIEMBRE DE 1991**

---

■ Enrique Márquez ■

**San Luis: saldos,**

## ■ PLAZA PUBLICA

**Miguel Angel Granados Chapa**

■ Congreso del Trabajo

■ Soledad de un dirigente

**C**ada vez se advierte en mayor medida el verdadero carácter del Congreso del Trabajo: es una pura estructura formal, sin verdadero contenido, sin actividad siquiera. En los últimos seis meses, su asamblea plenaria se ha reunido sólo en dos ocasiones. La segunda de ellas ocurrió el miércoles

*Viene de la 1*

pasado y resultó especialmente desairada: 30 de los 36 secretarios generales que la integran no se presentaron; casi todos enviaron a sus suplentes, con lo que evidenciaron la escasa importancia que atribuyen al organismo y a la reunión, ya que en ella se eligió a quien lo presidirá durante los próximos seis meses. Cuatro sindicatos, dos de ellos de gran importancia numérica y política, y una central de comportamiento equívoco, la CROC, no estuvieron en modo alguno representados. Es decir le hicieron el vacío total.

El resultado de la elección es también signo de los tiempos que vive el Congreso. Es cierto que varias de las centrales que lo componen sólo son cascarones, algunas de ellas pálido reflejo de lo que fueron, pero quizá ninguna ha padecido una disminución como la Confederación

Regional Obrera Mexicana, la CROM, cuyo líder es ahora el presidente del Congreso laboral.

Creada al finalizar la etapa armada de la Revolución mexicana, la CROM fue el brazo laboral de ese movimiento cuando se constituyó en gobierno. Por sí o a través de su expresión política, el Partido Laborista, la CROM y su dirigente Luis N. Morones fueron protagonistas de la vida pública en el decenio de los veinte. Se produjo entonces el raro caso, que hubiera debido ser normal en un régimen que cantaba loas al proletariado, de que un líder obrero —Morones mismo— perteneciera al gabinete federal, como secretario de Industria, Comercio y Trabajo.

Por haber vinculado en exceso su suerte al callismo, la CROM siguió las vicisitudes de esa corriente política, y padeció la continua disminución de su presencia, incapaz de ponerse a tono con los tiempos del verdadero ascenso de las agrupaciones obreras, en la época del ge-

neral Cárdenas. Desde entonces ha venido perdiendo terreno poco a poco. Le quedan algunos restos de fuerza en los estados de Puebla y Tlaxcala. En la primera entidad, en Atlixco, sentó sus reales Antonio J. Hernández, quien en algún sentido, aunque en talla mucho menor, continuó la tarea de Morones. Salpicados aquí y allá en la geografía nacional otros pequeños enclaves cromistas son más que nada señal de un pasado brillante que se opacó para siempre.

Pues bien, el dirigente de ese sindicato venido a menos es el dirigente de los sindicalistas de todo el país. Por añadidura no se trata de un obrero que dirige a obreros sino, caso frecuente en el gremialismo mexicano, de un abogado que asume funciones. Ignacio Cuauhtémoc Paleta nació en Cuatlancingo, Pue., el primero de febrero de 1921, hijo de Leandro Cuauhtémoc Cordero y de María de Jesús Paleta Xicotécatl. A pesar de que era mayor de edad que él, coincidió en la

Facultad de Derecho de la UNAM, en el periodo 1952-57, con el ahora ex presidente Miguel de la Madrid.

Ya antes de ingresar a los cursos de leyes había llegado a cargos sindicales en el ramo textil en que se inició: fue secretario general del Sindicato de Obreros Progresistas de Miraflores, en Notales, Ver. Luego, con algunas leves interrupciones, ha sido desde 1961, secretario general de la Federación Nacional Textil de la CROM, así como presidente de la Coalición Nacional Obrera de la Rama del Algodón. Aunque en esa época todavía Antonio J. Hernández era el hombre fuerte de la organización —como lo fue hasta su muerte—, ya en 1971 Cuauhtémoc Paleta fue secretario general cromista, durante dos años.

Su elección como presidente del Congreso del Trabajo le viene bien porque al terminar octubre dejará de ser diputado federal, cargo que ocupa por segunda vez. Pero sólo a él le conviene.